

Una de rebecos

AITOR COTERON

INTENTO distraer la mente con algo, cualquier cosa que alivie el esfuerzo. La dura pendiente confirma la exactitud de la cartografía. Alguien dijo que cargar una mochila con el peso justo es sólo cuestión de llevar la mitad de lo necesario, pero un pesado argumento en mi espalda corrobora que no es ésa la filosofía que yo he adoptado.

— Oye, ¿qué día es hoy?

Me sorprendí contando con los dedos, y es que el tiempo por aquí transcurre de otra manera.

— Es viernes.

Atrás queda el bullicio del circo de Gavarrie; desde las escaleras de Serradets vemos a los turistas cada vez más pequeños, allá bajo. Por fin aparece a la vista el refugio de la Brecha, unos minutos más

de esfuerzo y podré quitarme de encima esta maldita mochila.

La tarde está espléndida y sentados en la puerta contemplamos el Marboré; estaba decidido que los subiríamos al día siguiente.

Subiendo sin prisa enseguida cruzamos el enorme boquete azul de la brecha de Roland. Bordeamos hacia el Este las cumbres del circo buscando un paso, pero un cairn solitario y una decisión errónea nos desvían definitivamente de nuestro objetivo. Mosqueados dejamos las mochilas al abrigo de una gran roca, y continuamos con ánimo exploratorio y esperanza de encontrar alguna brecha factible en la muralla que tenemos a nuestra izquierda.

Sin carga avanzamos a buen paso por una zona kárstica llana. De pronto apare-

ció un rebeco que se quedó parado, mirándonos a unos diez metros de nosotros. Intentamos fotografiarlo, pero se asustó y se alejó al trote. Un momento después se oyó un ruido fuerte de caída, y me acerqué a observar. Al fondo de una grieta de unos cuatro metros de profundidad y paredes verticales estaba el rebeco, muy asustado y dando saltos intentando escapar, pero sin éxito. En el centro de la grieta un gran bloque empotrado era lo único que podría posibilitarle la salida.

— Vámonos, se tranquilizará y encontrará el modo de salir del atolladero.

Seguimos adelante, pero quien no se quedó tranquilo fui yo; a la vuelta quería comprobar que el rebeco había escapado. Pronto comprobamos que nos encontramos al pie del cilindro, la renuncia al Marboré estaba clara; la vuelta era muy larga y ya nos habíamos desanimado.

Costó un buen rato encontrar la grieta de nuestro amigo en aquel laberinto de roca. Allí estaba, al fin, el agujero, ¡y también el bicho!

— Míralo, está hecho polvo.

Estaba agotado, daba saltos increíbles, como un muelle, y en la caída se golpeaba y rozaba por todo el cuerpo.

— Al vernos se ha asustado más, como



Asustado, intentando escapar por la pared de la derecha.

**Roberto
baja a
prestar
ayuda al
rebeco.**

siga así se va a romper una pata y la va a armar.

La sangre que goteaba de su hocico moteaba el suelo y las paredes.

— Hay que sacarlo como sea, te pone malo ver la avería que se está haciendo.

— Está claro que si no lo sacamos aquí se muere.

El rescate se presentaba difícil. Pretendíamos asustarle un poco desde arriba y conducirlo así a una zona más fácil; tendría que subir primero al bloque empotrado y luego saltar fuera. El, mientras tanto, pretendía superar una pared vertical donde no tenía ninguna posibilidad.

— Solo no va a poder, hay que saltar abajo y llevarle al paso más fácil, como sea.

— ¿Crees que si bajo me atacará? — me preguntó Roberto.

— Yo creo que no. Los rebecos son muy tímidos.

Esa es la verdad, pero el lugar era muy estrecho y como le diera por embestir...

— Bueno, pues bajo.

El animal se asustó más si cabe y todo eran saltos, cabriolas y golpes. Por fin se escondió bajo el bloque.

— Voy a asustarlo para que salga, lo agarro y lo aupo todo lo que pueda.

— Vale, yo me quedo en este lado para que no retroceda.

Por fin Rober lo agarra, ¡vaya lucha, y con el carrito de la cámara acabado!

— ¡Se me esta meando y cagando encima!

El pobre rebeco lo estaba pasando mal, y Rober no lo pasaba mejor, con los brazos sangrando por los arañazos de sus pezuñas. Se escapó y volvió otra vez al hueco que quedaba al otro lado del bloque. Repetimos de nuevo toda la operación pero con el mismo resultado. El animal ya estaba con la lengua fuera, resignado y completamente agotado.

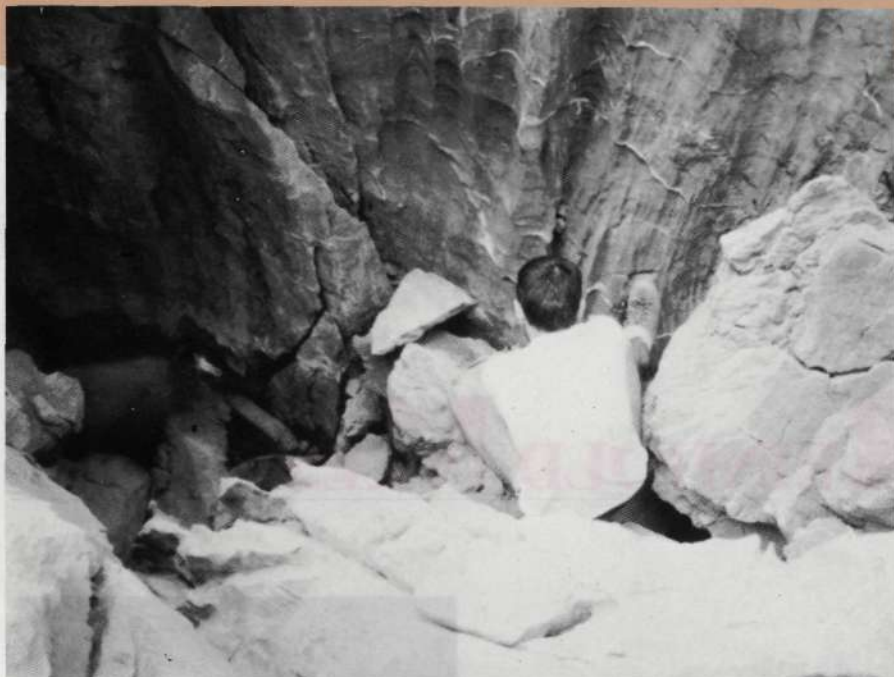
— No hay forma de que este tonto se entere que sólo tiene esta salida.

— Vuelve a subir a ver si se tranquiliza. Mientras tanto voy rápidamente hasta las mochilas y traigo la cuerda. Creo que es la única solución.

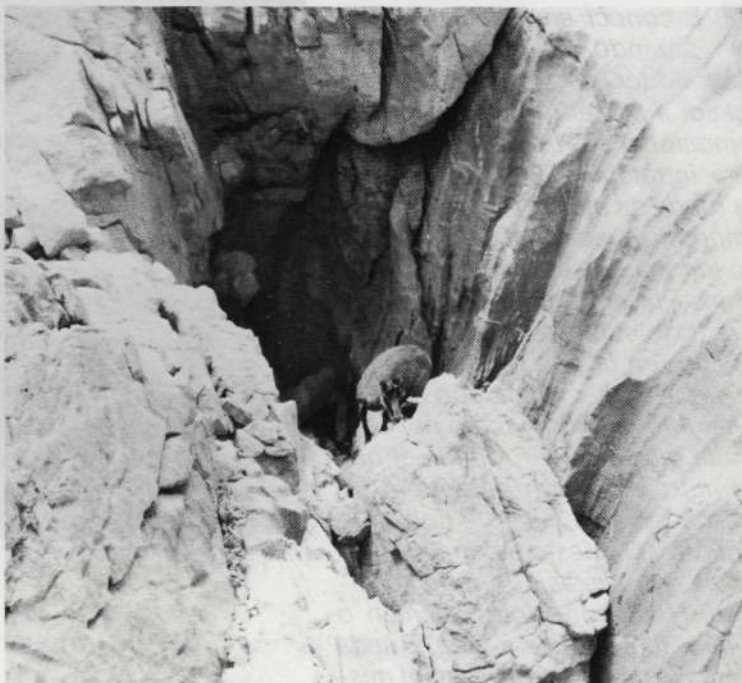
Mientras me apresuro entre las grietas y los lapices me recuerdo a mí mismo airado por cargar con una cuerda de travesía que ha venido resultando innecesaria; me alegra que al final, de forma insospechada, vaya a sernos imprescindible.

Tardé una media hora en volver. Ya llevábamos más de una hora con el rescate, y esta vez había que conseguirlo, ya no quedaban más alternativas. Estaba muy claro que allí no lo íbamos a dejar.

— Bueno, tú vuelves a bajar y lo coges, yo te paso la cuerda en doble y se la colocas sin más por detrás de los cuernos. Si



Fotos del autor.



**El rebeco
pasando
de un
lado a
otro del
bloque
empotrado.**

la mantengo en tensión no creo que se suelte y así después de sacarlo es más fácil liberarle.

Bajó Roberto; el animal ya no podía más y se escondió asustado bajo el bloque. No había forma de sacarlo por las buenas y al «amigo Félix» le estalló la mala leche:

— Ven aquí «desgraciao», te voy a sacar por huevos.

Sólo asomaba la cabeza y por allí lo cogió y lo arrastró fuera. Mientras con un solo brazo lo sujetaba por el cuello, cogió rápidamente la cuerda que le tiré y se la pasó por los cuernos. La verdad es que no sé cómo, pero lo logró.

— Tensa la cuerda, rápido.

Empecé a tirar con fuerza y como el rebeco reculaba, la cuerda se mantenía en su sitio. A la vez, y sin perder un momento Rober lo empujó hacia arriba y en unos segundos el rebeco estaba libre. Estaba tan

sorprendido que no huía, hacía amago de volver a meterse en el mismo sitio. Aquello era el colmo:

— Eh, ¿adónde vas?

Fue un alivio ver cómo se alejaba, renqueante pero entero. Al poco se paró y se volvió a mirarnos; le saludamos con la mano:

— ¡Agur!

— Bueno «Félix», vamos bajando hacia Góriz que se hace tarde. Oye, si llega a pasar un guarda de ICONA y nos pilla en pleno apogeo seguro que nos cae un buen puro.

— Seguro, y a ver cómo lo explicas.

— Sí, eso de cazar rebecos a lazo sería muy sospechoso.

Nos fuimos tan contentos. Se me había olvidado por completo nuestro fallido objetivo. Salvar un rebeco bien vale un Marboré.